

en manos del gobierno un arma para encerrar, so pretexto de locura, á todos los reveladores molestos, á todos los pretendientes importunos, á todos los testigos de abusos comprometedores. La afirmación hizo mella en el cerebro de muchos burgueses crédulos, y éstos acabaron por persuadirse de que no había manicomio que no tuviese su *Máscara de hierro*.

Otro texto de ley proporcionó también abundante materia á la oposición. No podía exigirse responsabilidad á ningún funcionario sin autorización del Consejo de Estado. Así lo prescribía el artículo 75 de la Constitución del año VIII. Resultaba, pues, que los agentes del poder permanecían inviolables hasta que el poder mismo hubiese consentido en entregarlos. Esa omnipotencia fué en todas partes y á todas horas denunciada con toda clase de exageraciones: de ahí un gran movimiento de reprobación de parte de gentes que hasta entonces habían ignorado que hubiese una Constitución del año VIII y, sobre todo, que esta Constitución tuviese un artículo 75.

El gran peligro estaba, no en los cargos, sino en un enervamiento bastante general de los que hasta entonces habían sostenido al poder. Sólo protestaban con palabras débiles que ya no persuadían. No se asociaban á las críticas, pero las toleraban en su presencia y se divertían con ellas si eran más bien satíricas que acerbas. El gobierno se defendía como podía. Echando mano de un arma vieja muy empleada años atrás, enviaba con frecuencia á los periódicos largos comunicados que procuraban disipar las exageraciones y apelar al buen sentido público. Pero ¡cuán lejos se estaba de los antiguos temores! «El comunicado, decía irónicamente el *Diario de los Debates*, no sólo es rectificativo, sino que también es deliberativo; no es una corrección, sino una colaboración (1).» Así es que á la impertinencia de los ataques se añadía la impertinencia con que eran recibidas las rectificaciones.

La obra de disgregación continuaba de mil maneras. Mientras radicales y socialistas de todos matices atacaban furiosamente el edificio imperial, las clases ilustradas lo minaban á pequeños golpes sabiamente calculados y dados con mano elegante. Al lado de las tumultuosas reuniones públicas se celebraban otras reuniones comedidas y tranquilas. En estas últimas, nada de discusiones contradictorias, sino conferencias en que los hablistas más distinguidos desplegaban las formas más refinadas del lenguaje académico. Durante aquel invierno de 1868 á 1869 hablaron sucesivamente, ya en el salón de la Redoute, ya en el teatro del Príncipe Imperial, Julio Favre, Julio Simón, Federico Passy, Pelletán, Laboulaye, León Say, Saint-Marc Girardin, el príncipe Alberto de Broglie... Una cuota de entrada, ora á beneficio de Polonia, ora á beneficio de obras de enseñanza, evitaba una invasión excesiva del elemento popular. Así es que el orden material era irreprochable. A no juzgar sino por los anuncios de los periódicos, los asuntos eran muy variados: *El Progreso*, *El Deber*, *El Público*, *La Familia*, *El Amor á la profesión*... A decir verdad, el único asunto era la crítica del gobierno. Adivinábase un esfuerzo perenne, no para circunscribirse al tema anunciado, sino para salirse de él. El

(1) *Journal des Débats*, 21 de enero de 1869.

ataque no era directo; consistía en un perpetuo é irritante elogio de todo lo que el imperio no practicaba. Esta pequeña guerra se operaba sin escrúpulos. En el exterior, la profusión de agentes de orden público, lo vasto de los cuarteles, todo indicaba la fuerza. ¿Quién hubiera creído que aquel gran cuerpo de apariencias pletóricas pudiese jamás padecer debilidad ó anemia y que fuese peligroso practicar en él algunas sangrías? La gente se iba repitiendo que el imperio tendría siempre bastante fuerza, bastantes atribuciones y bastantes soldados, que lo único que había que proteger era esa planta joven y endeble que se llamaba la libertad. Napoleón soportaba impaciente aquella coalición. Sin embargo, le quedaba el consuelo de pensar que se acercaban las elecciones, que aquellos letrados, tan dispuestos á atacarle, no dejarían de presentarse candidatos, y que todas sus refinadas censuras é ingeniosos argumentos no producirían efecto alguno en las masas rurales. No se equivocaba en esto el monarca, porque el sufragio universal había de serle fiel durante mucho tiempo, aun después que le hubiese abandonado la opinión pública.

Para mayor tristeza, continuaron las bajas en el personal imperial, ya muy mermado.

El primero que sucumbió fué Walewski. De regreso de un viaje á Alemania, murió en Estrasburgo de un ataque de apoplejía fulminante. Su nombre recordaba la época más gloriosa del reinado, pues él había presidido el Congreso de París. En vano se hubiera buscado en Walewski las cualidades eminentes propias del verdadero hombre de Estado. Pero poseía un espíritu recto y un alma leal. Educado en las sanas tradiciones diplomáticas, había consagrado todos sus afanes á mantenerlas y se había prestado de mala gana á las primeras desviaciones. A medida que se destruía el antiguo derecho público, sus protestas se habían acentuado, llegando á ser tan vivas que Napoleón tuvo que separarse de él. En los últimos años del reinado, estimando que la dinastía no podía afirmarse sino transformándose, se había hecho uno de los apóstoles del imperio liberal. Desde fines de 1859 no tomaba parte activa en la política exterior, pero seguía con creciente ansiedad el desarrollo de las ambiciones que hubiese querido contener. En tales circunstancias acababa de morir, dejando un recuerdo digno de respetuoso sentimiento.

Aún se hablaba de Walewski, cuando uno de sus sucesores en el muelle de Orsay, el marqués de Moustier, abandonó, casi moribundo, el ministerio de Negocios extranjeros. Dos meses después expiró. No pertenecía á la tradición imperial, y todas sus alianzas lo hubieran inclinado más bien hacia los partidos monárquicos. Era un diplomático cuya brillante carrera lo había conducido al Consejo de ministros. Su nombre iría unido á un solo recuerdo, pero muy notable, el del conflicto luxemburgués apaciguado y de la guerra conjurada. Mientras se celebraban sus exequias no faltó quien hiciese observar la suerte singular que, desde principios del reinado, pesaba sobre los que habían regentado el ministerio de Negocios extranjeros. Napoleón había tenido cuatro ministros de ese ramo, Drouyn de Lhuys, Thouvenel, Walewski y Moustier. Exceptuando al primero, todos habían sucumbido en plena madurez. Hubiérase dicho que habían agotado sus fuerzas en la in-

grata tarea de hacerse cargo de las vagas concepciones del príncipe, de contenerlo aparentando seguirle, de mantener su acción en medio de las influencias secretas, de salvar algo de lo que perecía. La docilidad de Thouvenel, que fingía siempre obediencia hasta el punto de parecer que compartía los errores, y la firmeza más ruda de Walewski, que resistía sin rodeos, se gastaron de igual modo en tan ingrata labor. Esto se murmuraba en voz baja, pero en previsiones muy incompletas y con comentarios que hoy parecerían muy pálidos. ¿Quién hubiera vislumbrado lo que el porvenir ocultaba?

A esa pérdida siguió de cerca otra. El 2 de marzo de 1869 se supo que Troplong acababa de morir. De los funcionarios del imperio era el que había acumulado más dignidades. Era presidente del Senado, primer presidente del Tribunal de Casación, individuo del Consejo privado, miembro del Instituto... Sus funerales correspondieron á sus honores. El 6 de marzo, desde las primeras horas de la mañana, las calles de Vaugirard, de Tournón y de San Sulpicio se llenaron de tropas. Llegó luego una multitud de funcionarios, en número infinito. A las doce salió del Luxemburgo el féretro, rodeado de los personajes más ilustres del Estado. El cortejo se dirigió lentamente hacia San Sulpicio, al son de marchas fúnebres y al ruido lejano del cañón de los Inválidos. Terminada la ceremonia religiosa, el cortejo se encaminó hacia el cementerio del Padre Lachaise, donde el cadáver recibió la sepultura interina, hasta la inhumación definitiva en el país natal. En el trayecto se escalonaban los curiosos, unánimes en juzgar que, desde el duque de Morny, no se había presenciado un entierro más grandioso. ¡Lástima, decían, que el sol no contribuyese á dar esplendor al espectáculo! El cielo era gris y la temperatura desapacible. Los senadores, los miembros del Tribunal de Casación y los Consejeros de Estado iban abrigados en sus coches, vagamente aburridos del largo ceremonial, molestos en sus togas ó uniformes. En el cementerio se pronunciaron tres discursos que no despertaron gran curiosidad, pues todo el mundo adivinaba lo que contendrían. Por la noche, la única conversación consistió en el reparto de las dignidades que dejaba vacantes el difunto. Con Troplong desaparecía algo de la edad precedente. En medio de los hombres de acción que fundaron el imperio, él apareció como el hombre de pluma que cubriría con un aspecto de legalidad la obra de la fuerza, escudriñaría el pasado en busca de ejemplos y persuadiría al poder triunfante de que no sólo encarnaba en sí el éxito, sino que también encarnaba la verdadera legitimidad. Su espíritu estaba á la altura de su misión, ni más ni menos. Era un personaje grave que, con una integridad perfecta, se había pasado la vida haciendo justicia, y nadie se hubiera atrevido á creer que una apología firmada por él fuese obra de debilidad ó de adulación. Sus amigos ponderaban sus conocimientos jurídicos, y efectivamente, Troplong había escrito sobre el Código muchos tratados de fácil lectura, precedidos de sabios prólogos y redactados en un estilo ameno que no se suele encontrar en esta clase de obras. Poseía la solemnidad que impone, y sus vastas fórmulas, que abarcaban muchas tesis sin encerrar ninguna, adquirirían aspectos de generalización profunda. Para el imperio en

busca de un jurista, semejante concurso había sido precioso. La Constitución de 1852, que hubiera cuadrado mal con una precisión excesiva, necesitaba un comentario suelto y fluctuante en que se perdiesen las contradicciones y los sofismas: Troplong era maestro en ese arte vago que se limita á extender por las superficies un reluciente barniz. Era preciso que el comentario fuese elocuente: Troplong no carecía de elocuencia ni de brillo. Era necesario que la pompa supliese á la claridad: precisamente Troplong era el hombre de las obscuridades pomposas y cultivaba con naturalidad lo que iban á pedirle que practicase artificiosamente. Convenía buscar comparaciones históricas y argumentos jurídicos, pero sin descender á profundidades comprometedoras: para colmo de ventura, Troplong era historiador, jurisconsulto y filósofo, en la justa medida que requería su empleo, y su ciencia no pasaba del punto preciso en que el imperio estaba interesado en que tuviese un término. A decir verdad, la suerte era igual para el emperador que había encontrado un intérprete á su medida, y para el intérprete que, para servir bien, no tenía más que seguir siendo como era. En el círculo de los altos dignatarios, el presidente del Senado había desempeñado un papel aparte y no sin originalidad, empleando como medio de agrandar el derecho romano y el derecho consuetudinario, y ocultando bajo esta superabundancia de derechos antiguos la fragilidad del derecho nuevo. Con esa oportuna habilidad habían sido redactados los informes sobre la Constitución y sobre los senadoconsultos que siguieron. Era la glosa que formaba cuerpo con el texto, pareciendo tan estrechamente unida á él que no podía pensarse en el uno sin referirse á la otra. Muerto Troplong, pareció que la Constitución no podía subsistir; y en efecto, no estaba lejos el día en que seguiría en la tumba al que quizá fué el único que la comprendió del todo y el único quizá que creyó completamente en ella.

VIII

Esta debilitación progresiva del imperio no había escapado á la atención del soberano ni á la perspicacia de sus principales servidores. Si consultamos las memorias ó las correspondencias de la época, parece que la renovación del personal oficial fué su cuidado dominante. «No hay hombres de relevo,» decía el príncipe Napoleón. «No hay hombres, añadía Merimée; no hay más que oradores.» Casi de la misma manera hablaban Persigny, Magne, Parieu, Maupás y otros. Una nota hallada en los *Papeles de las Tullerías* y atribuida al jefe del gabinete del emperador, Sr. Conti, repetía, bajo una forma más insistente, las mismas quejas. Según el autor de la nota, el «mapa intelectual del país era deplorable,» la «materia ministerial y administrativa era cada vez más rara,» la diplomacia y el Consejo de Estado eran invadidos por el *dandyismo*: urgía hacer «*injertos políticos*.»

¿Dónde encontrar esos injertos? ¿Dónde encontrar, sobre todo, un terreno favorable para que pudiesen prosperar? Sobre esto los consejos variaban hasta el infinito. Algunos que habían vivido en Inglaterra ó profundizado la historia echaban de menos las fuertes tradiciones de las aristocracias: dominados por estas impre-

siones ó recuerdos, procuraban, con menos suerte que buena voluntad, resucitar algo de lo que las edades precedentes habían destruído. Otros, de proyectos menos vastos, proponían simplemente que cada ministro formase entre sus subordinados la lista de los hombres de treinta y cinco á cuarenta y cinco años que pareciesen aptos para desempeñar grandes cargos públicos. Habíase observado también que los alumnos de la Escuela Normal, una vez terminados sus estudios, echaban sobre todas las carreras una mirada inquieta y ambiciosa, y que de todas las profesiones la que menos les seducía era la enseñanza: de aquí el propósito de atraer á los más capaces si aún estaban disponibles. ¿Habían de hacerse ofertas hasta en las filas de los antiguos adversarios? Sobre este particular, los pareceres no concordaban, y la misma osadía que á muchos parecía habilidad era calificada por otros de imprudencia y hasta de locura.

Estas combinaciones y estos esfuerzos atestiguaban una vigilancia muy activa. En resumidas cuentas, los únicos auxiliares eficaces habían de ser los jóvenes. Ofrecíanse tres grupos en que poder intentar las conquistas.

El primero era el menos recomendable. Componíase de jóvenes sin fortuna que, después de haberse extraviado en la oposición, habían reflexionado reconociéndose más vocación para disfrutar que para esperar. Napoleón podía prometer todos los gozos de la ambición ó del placer. A los que meditaban una evolución provechosa no les faltaban nunca motivos para justificarse. Impacientes por sentarse al suntuoso banquete del imperio, dichos jóvenes se habían ingeniado en tranquilizar su conciencia, repitiéndose que lo que se trataba de conseguir era la felicidad del pueblo; que esta felicidad no se aseguraría ni por la acción de los clubs, ni por medio de manifestaciones, ni por medio de los complots, y que, por el contrario, podía esperarse todo de un soberano tan bienhechor y generoso como poderoso y resuelto. Lo que apaciguaba todos los escrúpulos es que este soberano se titulaba demócrata, se proclamaba instrumento de la voluntad nacional y no reconocía más título fundamental que el sufragio del país. La conclusión había sido que el abrirse paso era un acto no sólo legítimo, sino meritorio. Mientras los advenedizos hacían carrera, el imperio reclutaba partidarios en las lindes de los partidos. El gobierno había hecho ya una notable adquisición que personificaba á todo el grupo.

Este hombre se llamaba Clemente Duvernois y estaba destinado á ser una de las figuras más considerables del elemento nuevo. Apenas salido de la adolescencia, revelóse con una pasión dominante, la de hacer rápida carrera, y sus deseos presurosos é inquietos se habían extendido por todas partes. Se le había visto periodista en Argel y buscador de fortuna en México. Había pasado en Francia por diferentes periódicos, sin estacionarse en ninguno. Su juventud y su pobreza lo habían hecho republicano, pero republicano sin convicción, con un vivísimo sentimiento de la esterilidad demagógica y con un extremo hastío de la lucha ingrata y obscura. Tenía hambre y sed de todo: de dinero, de honores, de placeres... En 1866, á los treinta años de edad, era uno de los principales redactores de *La Liberté*, uno

de los lugartenientes de Emilio de Girardin, siendo ya bastante conocido para que su cooperación fuese solicitada. Como él representaba el talento, el imperio fué atrayéndolo á su causa; y como el imperio representaba recompensas en proporción de sus apetitos, él se dió al imperio. La evolución liberal del gobierno justificó su propia evolución. Pasó á *L'Époque*, y se fundó luego un periódico oficioso, *Le Peuple français*, del cual Duvernois fué el alma. A principios de 1869, uno de los contemporáneos escribió con cierto desprecio: «Clemente Duvernois se va haciendo una especie de personaje.» Este desdeñoso elogio, que se creía excesivo, era excesivamente parsimonioso. Aquel hombre reunía varios de los dones, unos felices y otros funestos, que aseguran el éxito. Poseía gran lucidez de espíritu, era fecundo en recursos y tenía una extraordinaria facilidad de asimilación. Los expedientes, aun los más equívocos, adquirían bajo su pluma aspectos de solución triunfante. Era muy hábil en hacer resplandecer la verdad, pero más hábil todavía en manejar el error: la mayor parte de las veces mezclaba el uno con la otra, con un arte desconcertador que no siempre persuadía, pero que desafiaba á la réplica. Para llegar pronto había aligerado su bagaje, clasificando los escrúpulos entre los bagajes superfluos. Era de ameno trato, aunque había algo de irónico en su amabilidad y algo de inquieto y voluble en su sonrisa. Era hombre de muchísimo valor, pero no el valor que infunden la virtud y el deber, sino el que nace de la ambición. Su abnegación, tan reciente, era impetuosa, como si hubiese querido recuperar el tiempo perdido. Hubiera podido defender una política personal, pero le pareció más provechoso traducir ideas ajenas. Cierta es que estas ideas eran las del emperador, que á menudo le confió la misión de lanzar sus proyectos ó comentar sus designios. Intérprete de los pensamientos soberanos, los fijaba con la fidelidad de una fotografía, pero de una fotografía hábilmente retocada que, sin alterar el modelo, lo embellecía. Demasiado personal para ser servil, sabía imprimir su marca hasta en lo que no fuese suyo. Su mayor habilidad consistió en insinuar una doctrina que á la vez se amoldaría al imperio liberal y al imperio autoritario, de modo que, cualquiera que fuese la definitiva orientación del soberano, podría él mantenerse al lado de éste sin embarazo ni palinodia. Donde otros inscribían la palabra *libertad*, él grababa la palabra *progreso*, palabra más vaga que no pasaría de moda. En parte por convicción y en parte por lisonja, ponderaba un imperio democrático con grandes reformas económicas, con grandes transformaciones en la suerte de las masas. El gobierno de los hombres no era para él sino un inmenso negocio, y lo hubiera dirigido como se dirige una empresa industrial, contra viento y marea, á través de todos los peligros, y que no tiene más salida que una ruina completa ó una brillante fortuna. Reunía cualidades propias del economista, del político, del intrigante y hasta del jugador, pero del jugador que sólo aprecia las grandes puestas. Hablaba desdeñosamente del régimen parlamentario, pues lo juzgaba estéril y de mísera marcha. Hubiera deseado un soberano que ninguna legalidad mezquina aprisionase, que fuese el iniciador universal, y sobre todo, que lo hiciese todo en grande, tanto si asumía el poder como si se desprendía

de él para entregarlo al pueblo. El emperador no podía menos de sentirse seducido por tan vastos planes que le sugerían el medio de renovarse sin rebajarse, sino, por el contrario, elevándose, y, sobre todo, sin imitar á nadie. Lo que le presentaban era sus propias ideas, pero ampliadas con una audacia atrayente y revestidas de un manto brillante que encantaba. En la primavera de 1869 el nombre de Clemente Duvernois empezó á ser uno de los que se retenían en la memoria como uno de los nombres del porvenir. Pronosticábase que, merced al apoyo oficial, sería uno de los elegidos para la próxima Cámara, y que, una vez diputado, su ambición sabría abrirse camino. La verdad es que el imperio liberal, para establecerse como régimen duradero, reclamaba obreros más sensatos, más íntegros y de más paciencia. Pero en una época de transición, de trastornos ó de intrigas, de rápidos encumbramientos y de no menos rápidas caídas, ese personaje podía encontrar un papel á medida de su talla. Era de los que no se estacionan en la escena; pero quizá la cruzaría con lucimiento, dejando una reputación á la vez brillante y equívoca, mitad de hombre político y mitad de favorito ó de aventurero.

Existía otro grupo en que el gobierno podría reclutar, si no servidores muy experimentados, al menos defensores muy elocuentes. Cualquiera que durante las suspensiones de audiencia hubiese recorrido el Palacio de Justicia ó asistido los sábados á la conferencia de los abogados hubiese podido pescar acá y acullá y á hurtadillas alguna que otra frase muy sugestiva. ¡Cuántos jóvenes instruídos, de espíritu abierto y cultivado, muy liberales y hasta republicanos, pero libres de todo fanatismo y de toda idea preconcebida, buscaban como á tientas su camino! Por impaciencia de abrirse paso, por repugnancia á las rudas labores ó por pobreza, les disgustaban las largas esperas del foro. Su moderación natural y su buen sentido les alejaban de las facciones extremas. En cuanto al partido democrático, tenía sus cuadros organizados y su jerarquía severamente guardada, casi cerrada. Cada empleo tenía su titular y sus suplentes, y había una infinidad de supernumerarios que se agitaban, espionando hasta la sombra de una sucesión. Aun en medio de esa gran escasez de salidas, una repugnancia, medio simulada, medio sincera, impedía pensar abiertamente en el imperio, considerado hasta entonces como el enemigo; pero á intervalos se traslucían incertidumbres, tentaciones y veleidades. Dejaban decir, y aun repetían, que Ollivier era un tráfuga, un traidor; pero los más listos confesaban en voz baja que si el tráfuga llegaba á fundar la libertad sin revolución, su obra no sería mediocre ni vulgar. Varios de esos jóvenes abogados se agrupaban en torno de Ernesto Picard que acababa de fundar *El Elector Libre*, periódico de oposición sin duda, pero de oposición no muy intratable. Algunos, que se decían enemigos de todo cambio, se extraviaban, sin embargo, hasta los límites extremos de la República, y sobre límites tan estrechos que parecían ofrecerse al que quisiese buscarlos. Ellos mismos andarían quizá la mayor parte del camino; pero el imperio ¿emprendería jamás reformas bastante amplias para justificar su conversión?

El tercer grupo era, por muchos conceptos, opuesto á los demás. Al principio del reinado el reciente recuer-

do del golpe de Estado había alejado del poder á los monárquicos liberales y á los parlamentarios de todos matices. Fiados en su triunfo, los fundadores de la dinastía imperial no habían hecho caso de aquellas silenciosas desaprobaciones y habían dejado á un lado á los refractarios bajo la misma designación genérica de *hombres de los antiguos partidos*. Andando el tiempo y formándose el vacío en torno del príncipe por fallecimiento de sus principales cooperadores, se había echado de menos todas aquellas fuerzas no empleadas, y Napoleón, en sus conversaciones particulares, había manifestado repetidas veces una patriótica tristeza de ver tantas energías perdidas. Para los principales actores de los regímenes precedentes, la reconciliación hubiera sido difícil. Pero lo que sería poco decoroso para los ancianos ó los hombres maduros, sería realizable para los jóvenes. Estos no conocían á los gobiernos antiguos más que de oídas, y el golpe de Estado por narraciones que les impresionaban menos. Hacia fines del imperio había crecido una generación que cualquier príncipe podría ganar á su causa. Estos jóvenes tenían muchos rasgos comunes de semejanza. Sus doctrinas eran las de la monarquía; pero no se inmovilizaban ni sobre un nombre, ni sobre una dinastía, ni sobre una bandera, y las instituciones que hubiesen pedido á la realeza, las recibirían del imperio con una gratitud muy sincera, aunque no exenta de sorpresa. Eran partidarios de la libertad, tanto por gusto como por ese espíritu de oposición propio de su edad; la querían lo mismo para sus adversarios que para sí mismos, y en su inexperiencia algo cándida, no concebían que de aquel manantial puro pudiese brotar nada alterado. En rigor se les hubiese podido clasificar dentro de los *antiguos partidos*, y en efecto, por hábito y por deferencia, reconocían por maestros á los parlamentarios. La semejanza no pasaba de aquí. Respetuosos del pasado, no querían, sin embargo, encadenarse á él ni vivir ajenos á los negocios públicos. Los legitimistas habían hecho cuestión de honor el no figurar en parte alguna, y se creían en el deber de hallarse en todas partes. Este sentimiento del deber nacía de su conciencia religiosa. Todos ó casi todos eran fervientes cristianos; en esto, más que en nada, se diferenciaban de sus antecesores y se distinguían de sus contemporáneos.

Muchos de esos jóvenes, al llegar á los veinte años, se habían reunido en diversas asociaciones formadas en el barrio Latino, contrayendo amistades que el tiempo había cimentado. Formaban el núcleo más sólido del grupo llamado entonces el grupo *católico liberal*. Sus delegados, en los congresos católicos de Malinas, habían aplaudido á Montalembert, á Cochín y á monseñor Dupanloup. En el orden político, sus preferencias eran para el centro izquierdo de la Cámara, y de buena gana se hubieran agrupado, como lo hicieron más tarde, en torno del Sr. Buffet, hombre de talento austero y de irreductible rectitud. Respecto á Emilio Ollivier, admiraban mucho su bella sinceridad elocuente, pero su simpatía, con ser muy real, era atemperada por la desconfianza; hubieran deseado que desempeñase un papel, pero no el principal. Durante mucho tiempo habían deplorado que ningún periódico fuese intérprete de sus pensamientos. En agosto de 1868 habían conseguido fundar *Le Français*, que tuvo por inspiradores

á Dupanloup y á Cochín y por colaboradores principales á Thureau-Dangin y á Esteban Recamier. Tuvo, sobre todo, un jefe de redacción que le consagró toda su vida.

Este se llamaba Francisco Beslay. He pintado en Clemente Duvernois un periodista que no tuvo más que una pasión, la de abrirse paso. El hombre que acabo de nombrar también tuvo una pasión única, pero fué la de servir bien. Dios le había concedido todo lo que asegura el éxito. Su inteligencia era, sobre todo, notable por el maravilloso cúmulo de dones que ordinariamente se excluyen. Delicado y vibrante por naturaleza, era maestro en la sátira y en la emoción. Su espíritu se mostraba atento á todos los progresos modernos, y su alma se abría á todas las grandezas del pasado. Con la misma feliz y viva disposición hubiera desenredado la más ardua de las cuestiones de cifras y expresado toda la poesía de las antiguas leyendas. Tenía arranques de piedad que encantaban y accesos de alegría loca como un verdadero chiquillo de París. Todo en él era claro, su pensamiento, su estilo, su mirada... Siendo todavía joven, había llamado la atención en el Palacio de Justicia por la precocidad de su saber jurídico. Al mismo tiempo se ejercitaba en las letras y en la crítica, se revelaba conferenciante lleno de gracejo, y lo único de temer era que la variedad de sus aptitudes hiciese que ninguna llegase á la perfección. Tenía poco más de treinta años cuando le fué confiada la dirección del *Français*. Abrazada esta carrera, concibió la ambición de no imitar á nadie. Todos los periódicos se habían sujetado más ó menos á un partido: con una firme y modesta osadía, él resolvió no pertenecer más que al partido de su propia conciencia. Lo original del designio estuvo en lo siguiente. Habiéndose penetrado de los preceptos del Evangelio, Francisco Beslay se persuadió de que estas máximas serían vanas si no amoldaba á ellas su vida profesional, y á pesar de todas las tentaciones de ataques ó de represalias, se impuso la caridad como una ley. Otra de sus originalidades consistió en el completo desdén del beneficio material: formó el propósito de rechazar todo negocio mercantil, toda especulación financiera, y después de haber adquirido consigo mismo este compromiso, lo cumplió hasta el fin. Su ambición era ganar almas, agrupar en torno de su periódico una generación renovada que amase lo que amaba él, es decir, Dios, la Patria y la Libertad, y que, virilmente mezclada en los negocios públicos, hiciese honrar en ella el nombre cristiano; y de la abnegación que predicaba, él dió el ejemplo. Al revés de la mayoría de los escritores, que son los hombres más personales del mundo, escogía los trabajos más ingratos, ocultaba bajo el anónimo lo que por fuerza hubiera tenido que valerle elogios y, fraternalmente mezclado con sus colaboradores, daba importancia á la parte de los demás para quitársela á la suya. Habiendo elegido la carga más pesada, la llevaba alegremente y sin que su alma dejase adivinar el peso. Si había una responsabilidad que asumir, un obstáculo que vencer, él era el primero: el humilde se mostraba entonces orgulloso, el afable se volvía firme, y los que lo rodeaban podían entrever en un instante lo que aquel hombre llegaría á ser un día si Dios proporcionase su destino á su mérito. Ese perpetuo olvido de sí mismo no era in-

diferencia por la fama, pues hubiera gozado del éxito como nadie, sino sacrificio cristiano perpetuamente renovado. En la época que narramos, ese hombre admirable inauguraba su obra, pero con algunas tristezas, pues adjurando todo espíritu de partido, provocaría contra él la liga de todos los que no vivían más que de pasiones. El que había pedido como una gracia la privación de toda recompensa humana fué satisfecho, y más de lo que hubieran deseado sus amigos. Murió joven, dejando en pos de sí mucho bien, pero obscuro; varoniles y deliciosas páginas, pero dispersas, y un recuerdo indeleble en el corazón de algunos compañeros dignos de él. No dudo que muchos de los que me lean se sorprenderán de la evocación de ese nombre algo olvidado. Aunque la historia general deba desconfiar de esas tentaciones, no he podido resistir al deseo de ahondar, como se hace con una inscripción que se borra, los rasgos de esa existencia tan corta, tan llena y tan pura. En la galería de los periodistas contemporáneos, Francisco Beslay ocupa un puesto en que no hay peligro de competencia: representa la santidad, la santidad amable, mortificada y alegre. Bajo ese aspecto aparece con una originalidad conmovedora y que vale, sobre todo, por el contraste. Según el Evangelio, «escogió la mejor parte.» ¿Qué colega suyo no hubiera escogido todas las demás?

IX

Ese personal, cuyos diversos elementos acabamos de describir, había de ser el del imperio nuevo, el que durante los últimos meses del reinado había de tomar parte en los negocios públicos ó acercarse al poder mediante una evolución más ó menos resuelta. A estas horas, tales preocupaciones del porvenir, aunque muy vivas todavía, se borraban un poco ante un cuidado más urgente. El año de 1869 que acababa de empezar sería el de la renovación de la Cámara. El 27 de abril se publicó un decreto convocando á los electores para los días 23 y 24 de mayo.

Por tercera vez desde el principio del imperio, el pueblo estaba llamado á nombrar sus representantes. En 1857 se había acercado á las urnas tímidamente, con una especie de temor reverente y como asombrado de que lo consultasen. En 1863 había manifestado ya deseos bastante vivos, pero con estrechas miras, y el programa de la oposición había ido apenas más allá de lo que Thiers llamaba las *libertades necesarias*. En 1869 las reivindicaciones iban á surgir de todas partes, con un ardor inquieto y confuso; y todo lo que hasta entonces se había contenido iba á hacer irrupción con violencia.

En el mes de abril empezaron á presentarse las candidaturas. En los departamentos, al menos en aquellos en que dominaba la población rural, los candidatos de oposición (monárquicos, liberales ó demócratas) habían experimentado demasiado en 1863 los desfavores del sufragio para no desconfiar del escrutinio que se anunciaba. Bajo la impresión de aquellos recuerdos, habían procurado precaverse contra nuevas derrotas. Los vencidos de diferentes comuniones políticas se habían aproximado unos á otros sin fijarse demasiado en lo que les separaba. De sus reflexiones, de sus entrevistas

había nacido una combinación que substituiría el aislamiento con la coalición. Cada grupo, reducido á sus propias fuerzas, había de estrellarse contra los poderosos elementos de la candidatura oficial; pero si estos mismos grupos reunían sus fuerzas, el éxito, sin ser seguro, dejaría de ser quimérico. La magnitud de las divergencias, el ardor de los deseos no permitía que viniesen á un acuerdo antes de una primera manifestación de la voluntad popular. La opinión general fué, pues, que cada partido había de tener desde luego su candidato corriendo por su cuenta los riesgos del escrutinio. Esperábase que la multiplicidad de candidaturas tendría por primer resultado ocasionar un empate. Después del primer escrutinio, todas las oposiciones votarían por el candidato de las mismas que mayor número de votos hubiese obtenido. En años anteriores se había practicado igual inteligencia, aunque sin mucha eficacia, en varias circunscripciones y particularmente en el Mediodía. A dicha coalición contra el enemigo común, el público y los mismos partidos le habían dado el nombre de *Unión liberal*. En 1869, la oposición se disponía á continuar la misma maniobra, pero con mayor cohesión y de un modo más general. Los partidarios más entusiastas de esa conducta eran los legitimistas liberales como Larcy, los orleanistas como Prevost-Paradol y los republicanos moderados como Ernesto Picard. *La Gaceta de Francia*, *El Diario de los Debates* y *El Elector Libre* se complacían en desarrollar esta tesis. En cambio tenía adversarios resueltos, tales como los realistas intransigentes, habituales lectores de *La Unión*; y, sobre todo, los republicanos sectarios ó radicales. En cuanto á los periódicos oficiosos, mostrábase asombrados y afligidos de que hubiese católicos, hombres de orden, que en odio al imperio, pudiesen dar la mano á sus peores enemigos; y, desde la tribuna del Cuerpo legislativo, uno de los miembros más influyentes de la derecha, Jerónimo David, acababa de denunciar la alianza con indignación.

No tardaron en aparecer en las esquinas las profesiones de fe. En medio de las demostraciones de abnegación, de los proyectos y de las promesas, repetíase una declaración que merece ser señalada. El tema casi invariable de los manifiestos electorales es la protesta contra el *gobierno personal*. Esta palabra resuena como la expresión decisiva de la cual todo el resto no es más que el desarrollo. Lo más singular es que muchos candidatos oficiales emplean esa fórmula de sus adversarios reproduciéndola por su cuenta. Al principio del reinado todas las miradas se dirigían hacia el soberano, pero con una preocupación dominante, la de buscar lo que fuese posible arrebatarle.

Por otra parte, las circulares electorales no son menos sugestivas. Todas, ó casi todas, reclaman una disminución de las cargas militares. Los candidatos de la izquierda democrática se pronuncian por la supresión de los ejércitos permanentes. En cuanto á los liberales, piden una disminución de las levas anuales, y sobre este punto, la mayor parte de sus competidores las copian más ó menos servilmente. En 1854, en 1859, en la época de las guerras de Crimea y de Italia, el Cuerpo legislativo había votado sin murmurar contingentes de ciento cuarenta mil hombres, y ahora que se acercaban supremos peligros, no se hablaba más que de desarme.

Lo que hoy parece imprevisión se explicaba por las disposiciones naturales de los ánimos, por la duda sobre la sensatez del emperador, por la esperanza de una especie de fraternidad europea en que se disolverían las antiguas ideas de rivalidad y de conflicto. Esas ideas, que contenían muchas ilusiones, ocultaban también un poco de vanidad. Se figuraban que para asegurar la paz bastaría que Francia no quisiese alterarla.

Desde la instauración del imperio, los candidatos no habían sido nunca tan numerosos. Los hubo de todos matices, de todas profesiones y de todas procedencias. Los orleanistas tentaron fortuna con el duque Decazes, el príncipe Alberto de Broglie, los señores de Remusat, Bocher, Prevost-Paradol, Hervé y el general Chabaud-Latour. Los legitimistas propusieron el Sr. de Falloux á los electores del Vandeado, y el Sr. de Larcy á los del Hérault y del Gard. En el Orne se presentó un personaje de cuya singular elocuencia empezaba á hablarse y que en 1866 había estado á punto de triunfar contra todas las fuerzas oficiales: este era el duque de Audiffret-Pasquier. Los partidarios del libre cambio tuvieron por candidatos á Luis Passy y León Say, mientras que en Normandía los proteccionistas tomaban por bandera el nombre de Pouyer-Quertier. Los señores Allou y Laboulaye, que encarnaban el liberalismo puro, independiente de toda forma gubernamental, presentáronse candidatos, el primero en Maine y Loira y el segundo en Sena y Oise. La perspectiva de un mandato legislativo tentó hasta á los que habían parecido vivir exclusivamente consagrados á los estudios especulativos; de este número fué Renán, que solicitó el sufragio de los electores de Sena y Marne.

Al sufragio universal no le gustan los hombres de ingenio, los refinados, los eclécticos; no los acoge sino raras veces y como accidentalmente. Los hombres de talento que acabamos de citar representaban matices demasiado delicados á los ojos de las muchedumbres. Las circulares, llenas de frases ingeniosas, fueron con frecuencia el primero y el último acto de su vida pública. Algunos, como Allou, previendo una derrota, se retiraron antes del escrutinio. Para estudiar y comprender bien la lucha, hay que penetrar en esferas más ruidosas. En una palabra; las elecciones de 1869 fueron, sobre todo, memorables, porque señalaron, por lo que toca á París y á las grandes capitales de provincia, la primera entrada en escena del partido radical.

Todos los que hasta ahora no han sido más que pasantes de la política se precipitan en una gran confusión de concupiscencias y ambiciones. Gambetta, famoso desde el proceso Baudin, se convierte en rival de Carnot; Ferry, puesto de relieve por un folleto contra Haussmann, disputa el puesto á Guérault; Brissón y Herold inician, aquél en la sexta y éste en la séptima circunscripción, candidaturas que no pueden prosperar. París es demasiado pequeño para semejante superabundancia de competencias. Floquet emigra al Hérault, donde va de pueblo en pueblo, pegando él mismo sus carteles. Laurier se presenta en el Var, donde proclama la política «irreconciliable.» Al lado de los *jóvenes* surgen los *aparecidos*, gente que se creía muerta desde hacía mucho tiempo, y cuyos nombres despiertan difícilmente en las memorias antiguos recuerdos dormidos: Cantagrel viene á reivindicar su puesto de